

	<b>GUÍA DE CONTENIDOS VIII</b> <b>“GÉNERO NARRATIVO”</b> <b>LENGUAJE Y COMUNICACIÓN</b>	<b>Curso:</b> 6° ____
<b>Profesora:</b> MIGNA MALDONADO AVENDAÑO.		<b>Fecha:</b>
<b>Nombre Alumna/o:</b>		

Objetivos:

- Leer textos narrativos.
- Analizar y comparar dos cuentos.
- Reconocer la estructura, personajes y acciones presentes en la narración.

**I.- Lee los dos cuentos que se encuentran a continuación. Recuerda utilizar las estrategias antes (hacer predicciones sobre lo que trata el texto) y durante la lectura (subrayar lo que consideras importante, buscar en el diccionario las palabras desconocidas, etc.)**

## TEXTO 1

### “LA CASA DE MUÑECAS” (Katherine Mansfield)

CUANDO LA BUENA señora Hay volvió a la ciudad luego de su estancia en casa de los Burnell, les mandó a las niñas una casa de muñecas. Era tan grande que el cochero y Pat la llevaron al patio, y la dejaron ahí, apoyada en dos cajones de madera junto a la puerta de la despensa. Nada malo podía pasarle, era verano. Y quizás se le habría ido el olor a pintura cuando hubiera que entrarla. Porque, realmente, el olor a pintura de esa casa de muñecas (“¡La deliciosa señora Hay, por supuesto; tan dulce y generosa!”) -el olor a pintura era suficiente para enfermar a cualquiera, en la opinión de la Tía Beryl. Aún antes que la desarrollaran. Y cuando lo hicieron...

Ahí estaba la casa de muñecas, de un verde espinaca oscuro y aceitoso, realzado con amarillo brillante. Sus dos sólidas y pequeñas chimeneas, pegadas al techo, estaban pintadas de rojo y blanco, y la puerta, por el brillo amarillento del barniz, parecía un trozo de caramelo. Tenía cuatro ventanas, ventanas de verdad, con vidrios divididos por gruesas rayas verdes. Y hasta tenía un pequeño porche pintado de amarillo, con grandes grumos de pintura coagulada colgando de los bordes.

¡Es perfecta, perfecta esta casita! ¡A quién podría importarle el olor? ¡El olor a nuevo es parte del encanto!

“¡Que alguien la abra rápido!”

El gancho en el costado estaba hundido. Pat lo forzó haciendo palanca con su cortaplumas, y todo el frente de la casa se balanceó hacia atrás, y... ¡allí estaba!, pudimos verlo todo de una vez: la sala, el comedor, la cocina y dos dormitorios. ¡Este es el modo de abrir una casa! ¿Cómo es que no se abren así todas las casas? ¡Cuánto más emocionante que espiar a través de la rendija de una puerta un pequeño recibidor, en el que sólo hay un perchero y dos paraguas! Esto es lo que uno ansía saber sobre una casa cuando pone su mano en el llamador. Quizás es así como Dios abre las casas en medio de la noche mientras da un paseo silencioso con un ángel...

“¡Oh! ¡Oh!” Las niñas Burnell parecían enloquecidas. Era demasiado maravilloso; era demasiado para ellas. Nunca en su vida habían visto algo así. Todos los cuartos estaban empapelados. Sobre las paredes había cuadros pintados sobre el papel, con marcos dorados y todo. Todos los pisos, excepto el de la cocina, alfombrados de rojo; sillas de felpa carmesí en la sala, verde en el comedor; mesas, camas con sábanas y mantas de verdad, una cuna, una cocina, un aparador con muchos platos pequeños y una jarra grande. Pero lo que a Kezia le gustaba más que nada, lo que le gustaba con locura, era la lámpara. Estaba colocada en el medio de la mesa del comedor, una pequeña y exquisita lámpara de ámbar con un globo blanco. Estaba llena y lista para ser encendida, aunque —claro— no se la podía encender. Pero había algo adentro que parecía aceite y se movía al agitarlo.

El papá y la mamá muñecos, despatarrados y muy rígidos como si se hubieran desmayado en la sala, y sus dos pequeños hijos dormidos en el primer piso, eran demasiado grandes para la casa, como si estuvieran fuera de lugar. Pero la lámpara era perfecta. Parecía sonreírle a Kezia, decirle, “Yo vivo aquí.” La lámpara era de verdad.

A la mañana siguiente, a las niñas Burnell les parecía que no iban a llegar nunca a la escuela. Ardían por contarle a todo el mundo, por describir, bueno... por alardear de su casa de muñecas antes que tocaran la campana.

“Yo cuento,” dijo Isabel, “porque soy la mayor. Ustedes dos pueden sumarse después. Pero yo cuento primero.”

No había réplica posible. Isabel era mandona, pero siempre tenía razón, y Lottie y Kezia tenían bien claro el poder que le confería ser la mayor. Caminaron sin hablar por el costado del camino, rozando las margaritas silvestres.

“Y a mí me corresponde elegir quién vendrá a verla primero. Mamá me dio permiso.”

Se había convenido que mientras la casa de muñecas estuviera en el patio, ellas podrían invitar a las chicas de la escuela, de dos en dos, a mirarla. No para el té, por supuesto, ni para revolotear por la casa. Sólo para pararse quietas en el patio mientras Isabel señalaba las maravillas, y Lottie y Kezia se mostraban encantadas...

Pero aunque se apuraron mucho, cuando llegaron a la cerca alquitranada del campo de juego de los varones, había comenzado ya el ruido discordante de la campana. Apenas tuvieron tiempo de sacarse el sombrero y ponerse en la fila antes que tomaran lista. No importa. Isabel trató de conformarse dándose aires de importancia y

cuchicheando misteriosa con las chicas que tenía cerca: “Tengo algo que contarles en el recreo.”

Llegó el recreo y todas rodearon a Isabel. Las chicas de su clase se peleaban por abrazarla, por caminar a su lado, por llenarla de halagos, por ser su mejor amiga. Tenía toda una corte bajo los pinos, junto al campo de juego. Codeándose y riéndose tontamente, las pequeñas se apiñaban cerca de ella. Las únicas dos que se quedaron fuera del grupo eran las que siempre estaban afuera, las pequeñas Kelvey. Sabían que era mejor no acercarse a las Burnell.

Lo cierto era que la escuela a la que concurrían las Burnell no era la clase de lugar que sus padres hubieran elegido, de haber opción, pero no la había. Era la única escuela en millas a la redonda. En consecuencia, era inevitable que todas las chicas del vecindario, las niñas del juez, las hijas del doctor, las del tendero, las del lechero, estuvieran todas mezcladas. Sin mencionar un igual número de muchachitos groseros y revoltosos. Pero la línea debía trazarse en alguna parte. Se trazó en las Kelvey. Muchas de las chicas, incluyendo a las Burnell, tenían prohibido hablarles. Pasaban al lado de las Kelvey con sus cabezas en alto, y como eran ellas quienes dictaban la ley en asuntos de modales, las Kelvey eran evitadas por todas. Hasta la maestra les hablaba con una voz especial, y les daba a las otras una sonrisa especial cuando Lil Kelvey se acercaba a su escritorio con un ramo de flores espantosamente vulgares.

Eran las hijas de una mujercita enérgica y muy trabajadora, que iba de casa en casa todo el día lavando ropa. Esto ya era suficientemente atroz. ¿Pero dónde estaba el señor Kelvey? Nadie estaba seguro, pero todos decían que estaba en prisión. Así que eran las hijas de una lavandera y un presidiario. ¡Linda compañía para las otras niñas! Y su aspecto no las ayudaba en nada. No se entendía por qué la Sra. Kelvey les ponía esa ropa tan llamativa. Lo cierto es que andaban vestidas con retazos que le daban sus patrones. Por ejemplo Lil, que era grandota y feúcha, muy pecosa, venía a la escuela con un vestido hecho de un mantel verde estampado de los Burnell, con mangas de felpa roja de una cortina de los Logan. El sombrero le bailaba arriba de la cabeza; era un sombrero de señora mayor, que había sido de Miss Lecky, la dependienta del correo. Se doblaba en la parte de atrás y tenía como adorno una gran pluma color escarlata. ¡Qué mamarracho! Imposible no reírse. Y su hermanita menor, nuestra Else, usaba un vestido blanco largo, algo así como un camisón, y un par de botines de varón. Pero usara lo que usara nuestra Else, igual se vería extraña. Era una niña esmirriada, con el pelo cortito y los ojos enormes y solemnes, como una pequeña lechuza blanca. Nunca nadie la había visto sonreír; casi no hablaba. Iba por la vida agarrándose de Lil, apretujando en su mano un pedazo de la pollera de su hermana. Adonde iba Lil, nuestra Else la seguía. En el campo de juegos, en el camino a la escuela, allí iba Lil marchando adelante y nuestra Else aferrándose a ella por detrás. Sólo cuando quería algo, o cuando estaba exhausta, nuestra Else le daba un tirón, una sacudida, y Lil paraba y se daba vuelta a mirarla. Las Kelvey siempre se entendían.

Ahora estaban revoloteando, en el borde; no se podía evitar que escucharan.

Cuando las niñas se daban vuelta y sonreían burlonas, Lil, como siempre, les entregaba su tonta sonrisa avergonzada. Nuestra Else sólo miraba.

Y la voz de Isabel, tan orgullosa, seguía contando. La alfombra hizo sensación, como las camas con mantas de verdad, y la cocina con horno.

Cuando terminó, Kezia intervino. “Isabel, te olvidaste de la lámpara.”

“¡Ah sí!” dijo Isabel, “sobre la mesa del comedor, hay una lamparita en miniatura de vidrio amarillo, con un globo blanco. Igual a una auténtica.”

“La lamparita es lo mejor de todo”, gritó Kezia. Ella pensó que Isabel no le daba ni la mitad de la importancia que tenía. Pero nadie le prestó atención. Isabel estaba eligiendo a las dos que volverían con ella esa tarde para ver la casa de muñecas. Eligió a Emmie Cole y a Lena Logan. Pero cuando las demás supieron que todas tendrían la ocasión de verla, se deshicieron en atenciones con Isabel. Una por una la tomaban de la cintura y caminaban con ella. Todas tenían algo que contarle, un secreto. “Isabel es mi amiga.”

Sólo las Kelvey se alejaron olvidadas; no tenían nada más que escuchar.

Los días pasaron, y cuantas más chicas vieron la casa de muñecas, su fama se extendió. Se transformó en el tema del día, el furor del momento. La pregunta clave era “¿Viste la casa de muñecas de las Burnell? ¿No es preciosa?” “¿No la viste? ¡Qué pena!”

Incluso la hora del almuerzo se destinaba a hablar de la casa. Las chicas se sentaban bajo los pinos a comer sus sandwiches de carnero y grandes trozos de torta untados con manteca. Y siempre, tan cerca como las dejaran, se sentaban las Kelvey, nuestra Else aferrada a Lil, intentando escuchar, mientras masticaban los sandwiches de mermelada que sacaban de un papel de diario embadurnado de rojo.

“Mamá,” dijo Kezia, “¿no puedo invitar a las Kelvey aunque sea una vez?”

“Por supuesto que no, Kezia.”

“¿Pero por qué?”

“Vamos, Kezia; sabes muy bien por qué.”

Al final todas la habían visto menos ellas. Ese día el interés languideció. Era la hora del almuerzo. Las chicas estaban todas juntas bajo los pinos, y de pronto, cuando vieron a las Kelvey comiendo de su papel, siempre solas, siempre intentando escuchar, les dieron ganas de molestarlas. Emmie Cole empezó el cuchicheo: “Lil Kelvey va a ser sirvienta cuando crezca.”

“¡Oh, qué horror!” dijo Isabel Burnell, y le guiñó un ojo a Emmie.

Emmie se contuvo y asintió con la cabeza a Isabel, como había visto a su madre hacer en esas ocasiones.

“Es verdad-es verdad-es verdad”, dijo.

Los ojitos de Lena Logan chispearon. “¿Le pregunto?” murmuró.

“Apuesto a que no”, dijo Jessie May.

“Bah, no tengo miedo”, dijo Lena. De pronto lanzó un chillido mientras bailaba frente a las otras. “¡Miren! ¡Mírenme! ¡Ahora van a ver!” dijo Lena. Y deslizándose, escurriéndose, arrastrando un pie, riéndose burlona, Lena llegó hasta las Kelvey.

Lil levantó la vista de su comida. Envolvió rápido los restos. Nuestra Else dejó de

masticar. ¿Y ahora qué iba a pasar?

“¿Es verdad que vas a ser sirvienta cuando seas grande, Lil Kelvey?” le gritó Lena.

Silencio de muerte. Pero en lugar de contestar, Lil le sonrió con su tonta sonrisa avergonzada. La pregunta no parecía importarle en absoluto. ¡Qué bochorno para Lena! Las demás chicas se reían entre dientes.

Lena no lo pudo soportar. Puso sus manos en jarra y sacó pecho. “¡Tu padre está preso!” le chistó desdeñosa.

Era tan maravilloso haber dicho esto, que las niñas se alejaron rápido todas juntas, excitadísimas, muertas de alegría. Alguien encontró una soga larga, y empezaron a saltar. Nunca habían saltado tan alto, entrado y salido tan rápido, hecho cosas tan osadas como esa mañana.

Por la tarde Pat fue a buscar a las niñas Burnell con el coche y las llevó de vuelta a casa. Había visitas. Isabel y Lottie, a quienes les encantaban las visitas, fueron arriba a cambiarse los delantales. Pero Kezia se escabulló hacia el fondo. No había nadie; empezó a balancearse sobre los portones blancos del patio. De pronto, mirando a lo lejos el camino, vio dos pequeñas manchas. Se fueron agrandando, venían hacia ella. Ya podía ver que una iba adelante y la otra pegada atrás. Ahora pudo ver que eran las Kelvey. Kezia dejó de balancearse. Se bajó del portón como si fuera a salir corriendo. Luego dudó. Las Kelvey se acercaban, y junto a ellas caminaban sus sombras, muy largas, estirándose a través del camino con sus cabezas en las margaritas silvestres. Kezia se volvió a trepar al portón; había tomado una decisión; se bajó.

“Hola”, les dijo a las Kelvey.

Estaban tan sorprendidas que se detuvieron. Lil sonrió tontamente. Nuestra Else abrió grandes los ojos.

“Pueden venir a ver nuestra casa de muñecas si quieren”, dijo Kezia, y arrastró la punta del pie por el suelo.

Lil se puso colorada y negó bruscamente con la cabeza.

“¿Por qué no?” preguntó Kezia.

Lil tomó aliento y le contestó: “Tu mamá le dijo a la nuestra que no debes hablarnos.”

“Bueno”, dijo Kezia. No sabía qué responder. “No importa. Pueden venir lo mismo y ver nuestra casa de muñecas. Vamos. Nadie nos mira.”

Pero Lil negó con su cabeza aún más fuerte.

“¿No quieren?”, preguntó Kezia.

De pronto, hubo una sacudida, un tirón en la pollera de Lil. Ella se dio vuelta. Nuestra Else la estaba mirando con grandes ojos implorantes; tenía el ceño fruncido; quería ir. Por un momento Lil la miró llena de dudas. Pero entonces nuestra Else tiró de su pollera una vez más. Entonces comenzó a andar. Kezia las condujo. Como dos gatitos perdidos la siguieron a través del patio hasta donde estaba la casa de muñecas.

“Ahí está,” dijo Kezia.

Hubo una pausa. Lil suspiró ruidosamente, casi resopló; nuestra Else estaba inmóvil

como una roca.

“Ahora se las abro”, dijo Kezia amablemente. Soltó el gancho y ellas miraron adentro.

“Allí están la sala y el comedor, y esa es la...”

“¡Kezia!”

¡Ay, cómo se sobresaltaron!

“¡Kezia!”

Era la voz de la tía Beryl. Se dieron vuelta. En la puerta de atrás estaba la tía Beryl, clavándoles los ojos como si no pudiera creer lo que veía.

“¿Cómo te atreves a hacer pasar a las Kelvey al patio?” increpó su voz furiosa y fría. “Sabes tan bien como yo, que te está prohibido hablarles. Vamos, chicas, váyanse de una vez. Y no vuelvan”, dijo la tía Beryl. Y bajó al patio y las espantó como si fueran pollos.

“¡Se van inmediatamente!” gritó, orgullosa y gélida.

No necesitaron que se los repitiera. Ardiendo de vergüenza, encogiéndose de miedo, Lil agazapada como su madre, nuestra Else aturdida, cruzaron el patio como pudieron y se escabulleron a través del portón apenas abierto.

“¡Qué niña mala y desobediente!” dijo la tía Beryl disgustada, y cerró de un golpe la casa de muñecas.

La tarde había sido horrenda. Había llegado una carta de Willie Brent, una carta aterradoramente amenazante, en la que le decía que si no se encontraba con él esa noche en los matorrales de Pulman, vendría a la puerta de entrada de su casa ¡a pedirle explicaciones! Pero ahora que había asustado a esas ratitas Kelvey y dado un escarmiento a Kezia, su corazón estaba más liviano. Aquella presión fantasmal había cesado. Volvió a la sala tarareando.

Cuando las Kelvey estuvieron bien lejos de la casa de las Burnell, se sentaron a descansar sobre un enorme caño rojo al costado del camino. Las mejillas de Lil todavía ardían; se sacó el sombrero y lo apoyó en sus rodillas. Como en una ensoñación, miraron largamente los corrales, atravesando la ensenada, hasta la valla de juncos donde las vacas de Logan esperaban el ordeño. ¿Qué pensaban?

De pronto nuestra Else codeó suavemente a su hermana. Ya se había olvidado de la señora enojada. Acarició con su dedito la pluma del sombrero de su hermana y le dio una de sus poco frecuentes sonrisas.

“Yo vi la lamparita”, dijo suavemente.

## TEXTO 2

### “Felicidad clandestina”

(Clarice Lispector)

Ella era gorda, baja, pecosa y de pelo excesivamente crespo, medio amarillento. Tenía un busto enorme, mientras que todas nosotras todavía eramos chatas. Como si no fuese suficiente, por encima del pecho se llenaba de caramelos los dos bolsillos de la blusa. Pero poseía lo que a cualquier niña devoradora de historietas le habría gustado tener: un padre dueño de una librería.

No lo aprovechaba mucho. Y nosotras todavía menos: incluso para los cumpleaños, en vez de un librito barato por lo menos, nos entregaba una postal de la tienda del padre. Encima siempre era un paisaje de Recife, la ciudad donde vivíamos, con sus puentes más que vistos.

Detrás escribía con letra elaboradísima palabras como “fecha natalicio” y “recuerdos”.

Pero qué talento tenía para la crueldad. Mientras haciendo barullo chupaba caramelos, toda ella era pura venganza. Cómo nos debía odiar esa niña a nosotras, que éramos imperdonablemente monas, altas, de cabello libre. Conmigo ejerció su sadismo con una serena ferocidad. En mi ansiedad por leer, yo no me daba cuenta de las humillaciones que me imponía: seguía pidiéndole prestados los libros que a ella no le interesaban.

Hasta que le llegó el día magno de empezar a infligirme una tortura china. Como al pasar, me informó que tenía *Las travesuras de Naricita*, de Monteiro Lobato.

Era un libro gordo, válgame Dios, era un libro para quedarse a vivir con él, para comer, para dormir con él. Y totalmente por encima de mis posibilidades. Me dijo que si al día siguiente pasaba por la casa de ella me lo prestaría.

Hasta el día siguiente, de alegría, yo estuve transformada en la misma esperanza: no vivía, flotaba lentamente en un mar suave, las olas me transportaban de un lado a otro.

Literalmente corriendo, al día siguiente fui a su casa. No vivía en un apartamento, como yo, sino en una casa. No me hizo pasar. Con la mirada fija en la mía, me dijo que le había prestado el libro a otra niña y que volviera a buscarlo al día siguiente. Boquiabierta, yo me fui despacio, pero al poco rato la esperanza había vuelto a apoderarse de mí por completo y ya caminaba por la calle a saltos, que era mi manera extraña de caminar por las calles de Recife. Esa vez no me caí: me guiaba la promesa del libro, llegaría el día siguiente, los siguientes serían después mi vida entera, me esperaba el amor por el mundo, y no me caí una sola vez.

Pero las cosas no fueron tan sencillas. El plan secreto de la hija del dueño de la librería era sereno y diabólico. Al día siguiente allí estaba yo en la puerta de su casa, con una sonrisa y el corazón palpitante. Todo para oír la tranquila respuesta: que el libro no se hallaba aún en su poder, que volviese al día siguiente. Poco me imaginaba yo que más tarde, en el curso de la vida, el drama del “día siguiente” iba a repetirse para mi corazón palpitante otras veces como aquélla.

Y así seguimos. ¿Cuánto tiempo? Yo iba a su casa todos los días, sin faltar ni uno. A veces ella decía: Pues el libro estuvo conmigo ayer por la tarde, pero como tú no has venido hasta esta mañana se lo presté a otra niña. Y yo, que era propensa a las ojeras, sentía cómo las ojeras se ahondaban bajo mis ojos sorprendidos.

Hasta que un día, cuando yo estaba en la puerta de la casa de ella oyendo silenciosa, humildemente, su negativa, apareció la madre. Debía de extrañarle la presencia muda y cotidiana de esa niña en la puerta de su casa. Nos pidió explicaciones a las dos. Hubo una confusión silenciosa, entrecortado de palabras poco aclaratorias. A la señora le resultaba cada vez más extraño el hecho de no entender. Hasta que, madre buena, entendió al fin. Se volvió hacia la hija y con enorme sorpresa exclamó: ¡Pero si ese libro no ha salido nunca de casa y tú ni siquiera querías leerlo!

Y lo peor para la mujer no era el descubrimiento de lo que pasaba. Debía de ser el horrorizado descubrimiento de la hija que tenía. Nos espiaba en silencio: la potencia de perversidad de su hija desconocida, la niña rubia de pie ante la puerta, exhausta, al viento de las calles de Recife. Fue entonces cuando, recobrándose al fin, firme y serena, le ordenó a su hija:

-Vas a prestar ahora mismo ese libro.

Y a mí:

-Y tú te quedas con el libro todo el tiempo que quieras. ¿Entendido?

Eso era más valioso que si me hubiesen regalado el libro: “el tiempo que quieras” es todo lo que una persona, grande o pequeña, puede tener la osadía de querer.

¿Cómo contar lo que siguió? Yo estaba atontada y fue así como recibí el libro en la mano. Creo que no dije nada. Cogí el libro. No, no partí saltando como siempre. Me fui caminando muy despacio. Sé que sostenía el grueso libro con las dos manos, apretándolo contra el pecho. Poco importa también cuánto tardé en llegar a casa. Tenía el pecho caliente, el corazón pensativo.

Al llegar a casa no empecé a leer. Simulaba que no lo tenía, únicamente para sentir después el sobresalto de tenerlo. Horas más tarde lo abrí, leí unas líneas maravillosas, volví a cerrarlo, me fui a pasear por la casa, lo postergué más aún yendo a comer pan con mantequilla, fingí no saber dónde había guardado el libro, lo encontraba, lo abría por unos instantes. Creaba los obstáculos más falsos para esa cosa clandestina que era la felicidad. Para mí la felicidad siempre habría de ser clandestina. Era como si yo lo presintiera. ¡Cuánto me demoré! Vivía en el aire... había en mí orgullo y pudor. Yo era una reina delicada.



A veces me sentaba en la hamaca para balancearme con el libro abierto en el regazo, sin tocarlo, en un éxtasis purísimo. No era más una niña con un libro: era una mujer con su amante.

**II.- COMPLETA EL SIGUIENTE CUADRO COMPARATIVO CONSIDERANDO LOS ELEMENTOS PRESENTES EN CADA CUENTO.**

CATEGORÍAS	“LA CASA DE MUÑECAS”	“FELICIDAD CLANDESTINA”
TEMA		
PERSONAJES PRINCIPALES		
AMBIENTE SOCIAL: ¿CÓMO AFECTA A LOS PROTAGONISTAS DE CADA CUENTO?		
SITUACIÓN INICIAL		
CONFLICTO CENTRAL		
PERSONAJE QUE AYUDA EN LA		

RESOLUCIÓN DEL CONFLICTO Y DE QUÉ MANERA LO HACE		
DESENLACE DEL CUENTO		